**Los tres cuervos *(José Antonio Campos)***

- ¡Mi general!

- ¡Coronel!

- Es mi deber comunicarle que ocurren cosas muy particulares en el campamento.

- Diga usted, coronel.

- Se sabe, de una manera positiva, que uno de nuestros soldados se sintió al principio un poco enfermo; luego creció su enfermedad; más tarde sintió un terrible dolor en el estómago y por fin vomitó tres cuervos vivos.

- ¿Vomitó qué?

- Tres cuervos, mi general.

- ¡Cáspita!

- ¿No le parece a mi general que este es un caso muy particular?

- Particular, ¡en efecto!

- ¿Y qué piensa usted de ello?

- Coronel, ¡no sé qué pensar! Voy a comunicarlo en seguida al Ministerio. Conque son...

- Tres cuervos, mi general.

- ¡Habrá algún error!

- No, mi general, son tres cuervos.

- ¿Usted los ha visto?

- No, mi general, pero son tres cuervos.

- Bueno, lo creo, pero no me lo explico. ¿Quién le informó a usted?

- El comandante Epaminondas.

- Hágale usted venir en seguida, mientras yo transmito la noticia.

- Al momento, mi general.

- ¡Comandante Epaminondas!

- ¡Presente, mi general!

- ¿Qué historia es aquélla de los tres cuervos que ha vomitado uno de nuestros soldados enfermos?

- ¿Tres cuervos?

- Sí, comandante.

- Yo sé de dos, nada más, mi general, pero no de tres.

- Bueno, dos o tres, poco importa. La cuestión está en descubrir si en realidad había verdaderos cuervos en este caso.

- Claro que había, mi general.

- ¿Dos cuervos?

- Sí, mi general.

- ¿Y cómo ha sido eso?

- Pues la cosa más sencilla, mi general. El soldado Pantaleón dejó una novia en su pueblo que, según la fama, es una muchacha morena, linda y muy viva. ¡Qué ojos aquellos, mi general, parecen dos estrellas! ¡Qué boca! ¡Qué mirada aquella! ¡Y qué sonrisa!

- ¡Comandante!

- ¡Presente, mi general!

- Sea usted breve y omita todo detalle innecesario.

- ¡A la orden, mi general!

- Y al fin, ¿qué hubo de los cuervos?

- Pues bien, el muchacho estaba triste por la dolorosa ausencia de aquella que sabemos, y no quería comer nada, hasta que cayó enfermo del estómago y... de pronto, puf!... dos cuervos.

- ¿Usted tuvo ocasión de verlos?

- No, mi general, pero oí la noticia.

- ¿Y quién se lo dijo a usted?

- El capitán Aristófanes.

- Pues dígale usted al capitán que venga inmediatamente.

- ¡En seguida, mi general!

- ¡Capitán Aristófanes!

- ¡Presente, mi general!

- ¿Cuántos cuervos ha vomitado el soldado Pantaleón?

- Uno, mi general.

- Acabo de saber que son dos, y antes me habían dicho que eran tres.

- No, mi general, no es más que uno, afortunadamente. Pero, sin embargo, me parece que basta uno para considerar el caso como extraordinario.

- Pienso lo mismo, capitán.

- Un cuervo, mi general, no tiene nada de particular, si lo consideramos desde el punto de vista zoológico. Qué es el cuervo? No lo confundamos con el cuervo europeo, mi general, que es el *corvus corax*. La especie que aquí conocemos es muy distinta. Me parece que aquí se trata del verdadero y legítimo *sarcoranfus*, que se diferencia del *vultur papa*, del *catartus* y aun del mismo *californianus*.

- ¡Capitán!

- ¡Presente, mi general!

- ¿Estamos en la clase de Historia Natural?

- No, mi general.

- Entonces, vamos al caso. ¿Qué hubo del cuervo que vomitó el soldado Pantaleón?

- Es positivo, mi general.

- ¿Usted lo vio?

- Tanto como verlo, no, mi general, pero lo supe por el teniente Pitágoras, que fue testido del hecho.

- Está bien. Quiero ver en seguida al teniente Pitágoras.

- ¡Será usted servido, mi general!

- ¡Teniente Pitágoras!

- ¡Presente, mi general!

- ¿Qué sabe usted del cuervo?

- Pues, mi general, el caso es raro de verdad, pero ha sido muy exagerado.

- ¿Cómo así?

- Porque no fue un cuervo entero, sino parte de un cuervo, nada más. Fue un ala de un cuervo, mi general. Yo, como es natural, me sorprendí mucho y corrí a informar a mi capitán Aristófanes, pero parece que él no oyó la palabra *ala* y creyó que era un cuervo entero. A su vez fue a informar a mi comandante Epaminondas, quien entendió que eran dos cuervos y él se lo dijo al coronel, quien creyó que eran tres.

- Pero... ¿y ese ala o lo que sea?

- Yo no la he visto, mi general, sino el sargento Esopo. A él se le debe la noticia.

- ¡Ah, diablos! ¡Que venga ahora mismo el sargento Esopo!

- ¡Vendrá al instante, mi general!

- ¡Sargento Esopo!

- ¡Presente, mi general!

- ¿Qué tiene el soldado Pantaleón?

- Está enfermo, mi general.

- Pero, ¿qué tiene?

- Está muy enfermo.

- ¿Desde cuándo?

- Desde anoche, mi general.

- ¿A qué hora vomitó el ala del cuervo que dicen?

- No ha vomitado ningún ala, mi general.

- Entonces, imbécil, ¿cómo has relatado la noticia de que el soldado Pantaleón había vomitado un ala de cuervo?

- Con perdón, mi general. Yo desde chico sé un versito que dice:

 *Yo tengo una muchachita*

 *que tiene los ojos negros*

 *y negra la cabellera*

 *como las alas del cuervo.*

 *Yo tengo una muchachita...*

- ¡Basta, idiota!

- Bueno, mi general, lo que pasó fue que cuando vi a mi compañero que estaba tan triste por la ausencia de su novia, me acordé del versito y me puse a cantar...

- ¡Ah, diablos!

- Eso fue todo mi general, y de ahí ha corrido la historia.

- ¡Retírate al instante, imbécil!

Luego se dio el jefe un golpe en la frente y dijo:

- ¡Qué calamidad! ¡Creo que puse cinco o seis cuervos en mi información como suceso extraordinario de campaña!